

Tengo aún muy claro el regusto, a medio camino entre el asombro y el gozo, que me supuso la noticia de mi adscripción, como Socio de Número, a la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

La sobrevaloración y el afecto se daban cita en una decisión que había que suponer premeditada y con conciencia plena, pero que me obligaba a un examen de conciencia —a una autoevaluación, como se dice ahora—, para intentar hallar los motivos de una llamada que me parecía tan importante.

Ni investigaciones, ni publicaciones, que me parecieran importantes. Ni calidades exigentes, ni temas perfiles que me parecieran interesantes.

Había sido, ciertamente, un momento de muchas y variadas actividades. Incluso, por iniciativa propia, había participado en algunas correspondido iniciativas en las que me había interesado.

Pero mis presentadores sabían muy bien que mi papel había sido el del curioso que permanece atento entre las bambalinas y al que llegado el momento reclaman los payasos o el prestidigitador para que sostenga el cartel o sea juez favorable al angusto. Sucede que en muchas, muchísimas ocasiones, los artistas se van y el improvisado colaborador queda solo ante el público, que se empeña en que prosiga el espectáculo.

La designación, y muy especialmente la exigencia de presentaros una reflexión esta noche, me obligó a zambullirme buscando una pista que a un tiempo justificase a mis patrocinadores y aportase la espuma de esta experiencia al rico acervo de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

Mis amigos —Amigos por doble partida— me sugerían temas indudablemente atractivos: «LA JUVENTUD VITORIANA EN LOS ÚLTIMOS CUARENTA AÑOS», «LOS GITANOS VITORIANOS, DE LOS PUENTES DE ARRIAGA AL GAO-LACHO-DROM», «RAICES POPULARES PARA UN TEATRO NAVIDENO ALAVÉS».

Tengo aún muy claro el regusto, a medio camino entre el asombro y el gozo, que me supuso la noticia de mi adscripción, como Socio de Número, a la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

La sobrevaloración y el afecto se daban cita en una decisión que había que suponer premeditada y con conciencia plena, pero que me obligaba a un examen de conciencia —a una autoevaluación, como se dice ahora—, para intentar hallar los motivos de una llamada a todas luces excesiva.

Ni investigaciones, ni publicaciones, ni decisiones importantes. Ni calidades exigentes, ni tareas perfiladas, ni especializaciones de tipo alguno.

Había sido, ciertamente, testigo de primera fila de muchas y variadas actividades. Incluso, por puro efecto óptico, pudiera parecer que me habían correspondido iniciativas en las que había venido a ser portavoz autorizado.

Pero mis presentadores sabían muy bien que mi papel había sido el del curioso que permanece atento entre las bambalinas y al que llegado el momento reclaman los payasos o el prestidigitador para que sostenga el cartel o sea juez favorable al augusto. Sucede que en muchas, muchísimas ocasiones, los artistas se van y el improvisado colaborador queda solo ante el público, que se empeña en que prosiga el espectáculo.

La designación, y muy especialmente la exigencia de presentaros una reflexión esta noche, me obligó a zambullirme buscando una pista que a un tiempo justificase a mis patrocinadores y aportase la espuma de esta experiencia al rico acervo de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

Mis amigos —Amigos por doble partida— me sugerían temas indudablemente atractivos: «LA JUVENTUD VITORIANA EN LOS ULTIMOS CUARENTA AÑOS», «LOS GITANOS VITORIANOS, DE LOS PUENTES DE ARRIAGA AL GAO-LACHO-DROM», «RAICES POPULARES PARA UN TEATRO NAVIDEÑO ALAVES».

Pero no tengo por qué ocultaros que, aun testigo muchas veces excepcional y animador siempre apasionado, no me sentía capaz de enhebrar la historia, de analizar sociológicamente, de sugerir pautas científicas a nuestro folklore.

Intenté el recuento. Más de cuarenta años, porque el juego se adivinaba ya con mis primeros latines en Laguardia, de una extraña y apretada multiplicidad de medios y objetivos.

Juventud, que en algunos casos podría rotularse «pre-juventud»: años en torno al Cementerio, en el Seminario Viejo, en la Delegación Diocesana de Aspirantes y en el Consejo Diocesano de Acción Católica; en Villasuso, en el Aquinas, en Villanieves, en la Legión de María, en los grupos de juventud que se configuraron a partir de 1965 en torno a La Blanca; en las gestiones de Atsedén Taldeak y Santiagolarra, en las concentraciones de apostolado rural, en las campañas de JOC-INFO, en la representación ante la Asociación Católica Nacional de Propagandistas o en la Unión Diocesana de Apostolado Seglar, en las reuniones intensivas de Orduña, Amurrio, Llodio, Miranda, Yécora o Elvillar, en aquellas inolvidables Marchas Nocturnas de Juventud que cerraban las semanas de 1966, 1967 y 1968.

La **problemática matrimonial**, cuando el tema era todavía tabú, en las «Mañanas de Villasuso», prolongadas primero en los Ejercicios Espirituales y Retiros para novios en la Catedral Vieja, más tarde en las charlas en los pueblos y en las parroquias, y luego en casi ininterrumpida consolidación, veinticinco años por los **Centros de Formación Familiar**: el Suizo, Landazuri, La Paloma, Adurza, Reyes de Navarra, Errekaleor, Arana, Villarreal, Aramayona.

En paralelo, las Asociaciones de **Padres de Familia** (San Viator, Niño Jesús), cuando los centros privados se abrían a la idea de equipo, llevando el testimonio al Colegio Samaniego, a Gamarra, a Amurrio o a Nuestra Señora de Oro, en Murguía.

Y la Asociación de los **Antiguos Alumnos** de los Colegios de San José y Arana, partiendo precisamente de sus Bodas de Oro y viviendo las últimas horas de su Cofradía de la Cruz a Cuestas.

Y la búsqueda durante horas y días y años de una **mística para los barrios**: Santa Isabel, Santa María, Abetxuko, Adurza, Ariznavarra, Arana, Errekaleor, que intenté resumir hace unos años en el pregón de las fiestas de Zaramaga.

Y los quince años pasados junto a los **gitanos** vitorianos en un largo primer paso mantenido: desde Molinuevo (Escuela de Adultos) y las visitas a los tres campamentos en la mañana de los domingos, hasta las misas en caló, el diálogo con el Alcalde, la Policía o el Tribunal de Menores, el Reglamento y el nombre de Gao-Lachó-Drom.

Oro, Ocón o Jugatxi significaban la promoción de un **centro de mirada**, obsesión abierta ya en Santa Isabel y plasmada luego en la fiesta de la Parroquia de Santa María con desfile de las imágenes de las vecindades.

Al **ciclismo** llegó por chiripa. Por culpa de un reportaje. La Peña Ciclista Letona me evoca el ciclismo en los barrios, la apertura a novias y esposas, el boletín, las fiestas, las grandes hazañas cicloturistas. La Federación Alavesa de Ciclismo (1973), la puesta en marcha de las Escuelas de Ciclismo y el Velódromo de Gamarra. La Federación Española (1978), el perfil de un ideario para las Escuelas. En medio, más de 500 carreras, más de dos mil artículos, locutor por fuerza incluso en la llegada del Tour, de la Vuelta a España o al País Vasco, en los homenajes a Santisteban, a los campeones 1977, a Paco Galdos, a Juan Fernández o a Rafael Ladrón de Guevara.

Algo parecido sucedió con el **mus**, cuyo vigésimo primer campeonato intersocial «San Prudencio» vamos a celebrar en 1984. Una sugerencia en Adurza y un eco inesperado que se mantiene multiplicándose en un clima original, sin jueces, sin comités de apelación. Muchos miles de participantes y mayor número aún de jocosas ocurrencias. Un «punto de partida» —«lo que vale es la amistad»— y cuerda para rato.

Como apoyatura, tres pasiones tempranas. Versificador adolescente, Radio Alava (1953/1958 y ss.): editoriales, informativos, cine, culturales, deportivos, publicitarios, y El Correo Español - El Pueblo Vasco (desde 1959): reportajes «Diga, Diga», «Vitoria por dentro», «Alava, cuatrocientos pueblos», cross, ciclismo, fútbol; supusieron una situación **al borde de la literatura**. Que se prolongaba en las revistas de «Alava» y «Los Ríos», en las colaboraciones en «Fin de Año», «Celeción», «Vida Vasca», «Cáritas», «Zuia-Zuya», «Estíbaliz», «Bancobao», en versos y cuentos (su expresión más gozosa), en guiones y filmaciones —Oro, Aquinas—, o de apoyatura musical —San Viator—.

Algo similar ocurrió con el **pentagrama**, ya desde el Seminario. Los antiguos vecinos de Santa Isabel, de Santa María o los forofos ciclistas cantan letras acomodadas a otras músicas. Lo mismo sucedió en el Coro de San Viator. Pero esta vocación se cumplió colaborando con don Ignacio Valdés, don Emiliano Ibarguchi, Cecilio López de Luzuriaga, y, sobre todo, con don Luis Aramburu (vitorianas y alavesas, habaneras, misioneras, religiosas, villancicos de Cáritas, himnos del mus o del Elkarte Eguna).

En paralelo, el **escenario**. Al estilo de los años cuarenta y cincuenta, payaso más que actor en los tablados de los centros parroquiales o de los establecimientos benéficos, que culminaron en los tres años ininterrumpidos domingo tras domingo en el Barrio de Santa Isabel, que obligan, a falta de textos, a escribir incluso los

argumentos. Y que guardan los más gratos de los recuerdos (26 años consecutivos) del festival de los Pequeños Amigos del Seminario.

El **folklore** vino más tarde. Las Veladas de Invierno en Santa María, con su Escuela correspondiente de Jotas, reconquistando el baile Suelto. La revitalización de la Romería de San Vitor, la presencia como Jurado en campeonatos de Guipúzcoa y Vizcaya, el Oldarki, los primeros ensayos y el primer permiso de un Coro de Santa Agueda en los años cincuenta, el intento de programar baile suelto en la Senda, cuando las fiestas de la Blanca no pasaban todavía de la calle Ramón y Cajal.

Y todo se fundió en una vieja **obsesión por la Navidad**. Aquel Cortejo «¿Hay posada?» del comienzo de los cincuenta en el Cementerio y las experiencias de cuadros navideños en Santa Isabel, Santa María, Casa Social y Teatro Príncipe cuajaron, gracias a la musa de don Luis de Aramburu y a la ilusión de la Juventud de Zuya en ese Cortejo Navideño-Gabon Bideko Taldea que va a cumplir ahora diez años en la noche de la Pascua Navideña de Sarría.

Y volverán a tener eco algún día en el Retablo de Navidad-Gabon Oroia, soñado para nuestra Vitoria por el propio don Luis Aramburu y don Pedro de Anitua.

En la misma línea, el «Olentzero» que Caja Laboral impulsó hace ya ocho años en el Colegio del Niño Jesús y que ha vuelto este año al Polideportivo de Mendizorroza, en cita de Muchedumbres, tras su paso por el Guridi, el propio Polideportivo y la Plaza de España.

Como motor indudable, la **preocupación religiosa**. Heredada de aquel Seminario inolvidable de los años cuarenta, señalado por la huella de don Rufino.

Una participación que lleva incluso a la intervención personal en la evangelización, con el velo de un programa radiofónico en aquel «Mientras Repican las Campanas» (1953-1958), y directamente en el púlpito, en el altar o en el micrófono de Santa María, San Mateo, Coronación, Abechuco, Nuestra Señora de las Nieves o San Martín.

Luego, la Catequesis (Santa Isabel, Santa María, el Prado, Abechuco). Y la liturgia (Santa Isabel, Oblatas, Santa María, Trocóniz-Erenchun, Coronación, Servicio Doméstico, ahora Sarría), que tuvo su momento esperanzador en los Cursillos de Monitores, tanto en las Reparadoras como en las Parroquias.

Y la primera vocación misionera, en la Academia de San Pablo de Filosofía, desencadenada en la Exposición Misional Diocesana de 1949, la última gran actividad conjunta de la Diócesis vasca antes de su división y mantenida en la colaboración con las Obras Misionales Pontificias (Festivales del DOMINF y el DOMUND,

Canción Misionera) y con las Misiones Diocesanas. Y la breve, pero jugosa experiencia en el Secretariado para el desarrollo Espiritual de la Ciudad de Vitoria (1964-1966).

Y muy singularmente, la relación con **Cáritas**, contemplando su revolución a lo largo de veintitrés años.

El paso de la beneficencia a la promoción y de la promoción a la formación de conciencia y de la formación de conciencia a la pastoral integrada.

El nacimiento de las grandes iniciativas (Cursos de Formación Acelerada, Industrial Auxiliar Alavesa, Auxilia, Asores, Tiempo Libre), el desarrollo de las encuestas pioneras (Tercera Edad, Alcoholismo), ésta última, con su material escolar y su Exposición de trabajos. Las campañas de última hora (Paro, inundaciones). Y, al fondo, reuniones de Parroquias y zonas, Asambleas y Jornadas de estudio y convivencia, publicaciones y memorias, preparación de los «días» con frases de lanzamiento y textos complementarios.

Como complemento, la **colaboración incondicional** en cualquier camino: charlas, entrevistas y reportajes en una Semana de Vocaciones; publicaciones y publicidad de «Médicus Mundi»; pregones de Tercera Edad en Txagorritxu, Arana o Zaramaga; programas, rótulos, textos, carteles.

Desde comentarista de una carrera de caballos en Elosu hasta una experiencia de charlas sustitutivas de Ejercicios Espirituales durante una semana a los soldados de los cuarteles de la calle Santiago.

Releo y repaso. Y me confirmo en la idea del espectador reclamado desde el escenario que cumple luego la labor de **continuidad**. Un cruce de entresijos, algunas veces abrumador. Y la sensación de **disponible**.

Como es lógico, la mayoría de los nombres son de sacerdotes. Aunque fuera Merche Ojea la que me pidiera la colaboración para Pequeños Amigos del Seminario; José Angel Cuerda el que me reclamara para los Luises como camino hacia el Aquinas, José Luis Ibáñez Arana el que me encandilara como propagandista de Oro, Julián Vea-Murguía y Pili Ibáñez Loyo me exigieran algo similar en Jugatxi, don Fernando Gonzalo Bilbao me fichara para Cáritas, Doroteo Lecuona forzara el «San Prudencio» de mus, Jesús Letona me enrolara en el ciclismo, Jesús Daubagna me hiciera entrar en el juego de las filmaciones, Hilario Dorao y Venancio del Val me empujaran a escribir, José Martínez me brindara las posibilidades de San Viator, Javier Crespo me llevara a los soldados, Paula Echevarría me llamara a la Legión de María, Pepe Bonilla me respaldara, Luis Aramburu confiara en mis posibilidades de letrista, Carmen Ruiz de Gauna me sugiriera los Centros de Formación Familiar y Raquel Izaga fuera la piedra angular del Cortejo Navideño de Sarria.

Entre los sacerdotes, dos nombres clave: don Luis Fernández de Retana, en los años básicos y entrañables del «Cemen» y don Pedro de Anitua, desde aquella primera muestra de confianza en la Escuela de Artes y Oficios (1949) hasta su muerte, pasando por la Revista «Alava», toda la experiencia misional o la colaboración en las canciones.

Pero la lista sería interminable: don Saturnino me empujó de los micrófonos del Hospital a los de Radio Alava; don Félix Ibáñez de Sendadiano me pintó de payaso; don José María Bueno Monreal me designó comentarista religioso con 22 años; don Luis María Larrea me hizo asomarme a las clausuras, don Amancio Landaburu me permitió intuir toda la época apasionante de las juventudes cristianas en la postguerra; don Ignacio Valdés anticipó muchos años para nosotros el Vaticano II; don José Zunzunegui y don Luis Alberdi me implicaron en el juego misionero diocesano; don Guillermo Marañón me confió, siendo todavía novio, las primeras charlas prematrimoniales; don Román Rodríguez, con su venerable experiencia, conjugó nuestra primera voluntad de una oración ininteligible; don Angel Suquía me hizo vivir su tarea en un momento de transición; don Ignacio Oñatibia y don José María Rodríguez, en la aplicación de la nueva liturgia; don Vicente García, en Abechucu; don Vicente Latiegui, con los gitanos...

Seguramente, olvidaré muchos de los que me empujaron. Pero queda claro el análisis.

Había sido y seguía siendo casi mistagogo, casi poeta, casi profesional en marketing, casi sexólogo, casi actor, casi catequista, casi conferenciante, casi locutor internacional, casi periodista, casi experto en mus, casi mentor ciclista, casi payaso, casi predicador, casi dirigente de masas, casi radiofonista, casi autor de teatro, casi folklorista, casi literato, casi pregonero, casi trabajador social. Había colocado aquel cartel del «Vitoria, donde la alegría baja del cielo» y había recibido de Filomena, hija y madre de guía calé, aquel elogio de que «era un payico tan majo que merecía ser gitano».

Busqué, entre objetivo por necesidad y subjetivo por fuerza, un común denominador. Algo que aunase objetivos y medios, que fuese hilo de Ariadna en mi laberinto particular.

Adivinaba y anticipaba el talante del resultado a la vista de los sumandos. Pensaba que tendría que exponerlo aquí y me retenía el pudor a abordar un ángulo de inquietud desprestigiado en nuestra programación occidental de última hora: es más que claro el menosprecio de los titulares de la admiración informativa hacia las ciencias morales.

Me alentó el que cuatro de las cinco palabras de nuestro título —«Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País»— referenciaban reiteradamente el valor del hombre como grupo; el que la primera alusión juvenil que tuve de la idea del Conde de Peñafloreda (que, no lo olvidemos, comenzó reuniendo a sus amigos para celebrar fiestas patronales y locales) fue su condición de animadora de un Pueblo que se sintió orgulloso de la Sociedad. Y seguí adelante.

He de confesar que personalmente me sirvió de mucho el análisis. De su valor social vosotros seréis jueces indulgentes. Apenas si rebasa los límites de una sugerencia.

Una sugerencia abierta a la profundización de los expertos en ciencias morales: a los políticos, a los psicólogos, a los sociólogos, a los técnicos sociales, a los teólogos pastoralistas o liturgistas, a los historiadores de nuestro pueblo.

«La fiesta, cauce y expresión de la Comunidad».

Puede resultar excesivamente sonoro, casi rimbombante. Pero me ha ido abriendo, momento a momento, horizontes insospechados. Me he encariñado con el tema.

Fiesta y Comunidad. Comunidad y fiesta. Dos conceptos tan manidos como depreciados en nuestros ambientes.

Comunidad.

Un inciso previo: la densidad y extensión del término comunidad. Como se matizará luego, pero es urgente subrayar desde ahora, comunidad no exige número. Comunidad es la familia y comunidad es la Iglesia Universal. En medio, la comunidad puede nacer de la montaña, del trabajo, del mus, de la raza, del ideal político, del deporte o de la gastronomía. No importa tanto el continente como el contenido y el punto de mira.

Comunidad.

Partimos de salida con dos condicionantes básicos, cualquiera que sea nuestra respuesta individualizada.

Vivimos en un contexto donde «pueblo» y «tierra» —el mismo vocablo en nuestra vieja lengua— indican ya comunidad, tarea trascendente a los propios integrantes de ese pueblo y de esa tierra.

Y hemos recibido la herencia de siglos de cristianismo, cuya vertebración misma es la fórmula comunitaria, inspirada y mantenida por el Espíritu.

Permitidme un apunte, por más que pueda sonar a publicitario. La experiencia cooperativa de Mondragón, de la que se hacen lenguas los extraños, cuyas raíces hay que buscar en la biblioteca de nuestro Seminario Diocesano, y cuya primera realización se inició acaba de hacer veintisiete años en Vitoria, en el número cinco de la calle Comandante Izarduy, es muy más que posible tenga poco que ver con el socialismo utópico o con las corrientes proudhonianas. Me lo apuntaba J. B. Leaney, experto en cooperativismo europeo en la BBC, que se confesaba galés, anglicano y laborista y creía que el origen de las cooperativas que alienta Caja Laboral Popular está mucho más explicado por Don José María Arizmendiarreta y los hombres que le siguieron desde su incardinación en el cristianismo vasco y sus enfoques específicos.

Y otros más, aunque me cueste un sorbo de emoción. Veinticinco años después de desaparecer físicamente el Barrio de Santa Isabel, con una llamada mínima, nos reunimos más de trescientos testigos de aquella comunidad vitoriana de barrio, a medio camino entre el suburbio y el núcleo rural. A menor distancia, pero con similar emoción, acabamos de vivir experiencias similares en el Club Villanieves y el Club Aquinas. Habían pasado muchas aguas bajo el puente, pero los lazos seguían intactos.

Por eso, cuando los profetas del individualismo a ultranza dicen que el concepto de comunidad no es ya viable en nuestro tiempo y, jugando con la degradación jurídica de la palabra, avanzan que «la tercera guerra mundial comenzará por las comunidades de vecinos», sentimos el aguijón de que se atenta contra algo sagrado.

Algo sagrado.

Cualquiera que sea nuestro compromiso personal ante la fe que explica nuestros templos, razona nuestras convocatorias y basa nuestras tradiciones, es más que notorio que su influencia ha sido decisiva para nuestra concepción de la vida en común.

Si hubo en la Iglesia un momento de crisis que se reflejó en una piedad individualista, en una búsqueda singularizada de la salvación, las raíces más profundas del «Pueblo de Dios», en marcha comunitaria hacia la síntesis definitiva, han subrayado siempre esta sensación de caravana en marcha, desde el concepto medieval de Cristiandad hasta los actuales enunciados del Concilio Vaticano II.

*«Nos ha congregado en la unidad
el amor de Cristo:
cuidemos de no dividimos por
nuestra mente;
amémonos sinceramente
de corazón».*

La antigua melodía gregoriana del «Ubi Caritas» es, sin duda, el mejor resumen.

Y la concreción llega inmediata.

Es difícil entender la historia de nuestro pueblo borrando de un plumazo el sentido comunitario de nuestras vecindades, el valor semántico de la palabra «Hermandades» aplicada a nuestras organizaciones políticas de base, las anécdotas por millares reflejadas o por reflejar en los escritos de los eruditos, de nuestras «Cofradías».

La reunión que hemos celebrado hace unos días me trae, por ejemplo el recuerdo de la «Olla de Jugatxi», en la deliciosa ermita zuyana de las Peñas de Jugo, donde el ambiente, con los resquebrajados tocornos, conserva aún su perfume medieval.

En la gran olla de garbanzos, los cofrades iban depositando las bolsitas de lino, rotuladas, que contenían la carne que deba jugo al cocido y que serían luego, por fácilmente identificables, devueltas al plato del cofrade.

«Si non é vero —que parece que sí— é ben trovato»

Por eso, por nuestra propia proclividad al tema, apenas tres apuntes sobre el valor de la comunidad.

Desde tres ángulos muy distintos: social, filosófico e histórico.

Tres apuntes que podrían ser base de tres largos capítulos para analizar a fondo el punto de partida, la clave y la desviación del concepto comunitario, pero que nos distraerían del objetivo fundamental de esta reflexión:

—Una de las empresas más difíciles del hombre es el juego social. Esta relación de intercambios ideológicos y afectivos hace que el hombre no se sienta un insecto sin origen ni destino.

—En el «amor de comunión», el centro de gravedad de la relación amorosa no se halla en los «compañeros»: ellos se consideran como partes de un Todo que los hace ser recíprocamente trascendentales en la medida en que participan en ello. (1)

—Los regímenes totalitarios de cualquier tipo han ofrecido como sustitutivo de la comunidad la «camaradería» («camaradería política», «camaradería de com-

bate»), cuyo objeto es **aquello** que se realiza entre todos, no **quienes** lo realizan. Su mundo es **público**; la vida **privada** no cuenta. Las familias pueden ser amigas, pero no camaradas. (2)

Una interpretación así de nuestra sociedad, proyectada por tradición y por conciencia hacia un horizonte comunitario, cuestiona quizá la visión amputada de eso que hemos dado en llamar «asistencia social», tal como la ven nuestros medios oficialistas.

«Asistencia social» limitada y recortada por el juego burocrático a «servicios» de beneficencia o de promoción, en el caso más favorable.

¿Dónde queda, entendida como **el más alto servicio social**, la atención a la «mística» de esa comunidad?

¿Ha perdido su valor el papel del poeta, músico y profeta de las culturas básicas? (3)

¿Olvidamos la advertencia de Bacon —«poesis doctrinae tamquam somnium»— y despreciamos: «¿Para qué poetas en un tiempo indigente?»

Es fácil comprender por qué quiero reclamar el énfasis para este punto indudablemente cardinal. Si la comunidad radica y gira en la órbita de un Todo trascendente, será necesario avivar una y otra vez el rescoldo de esta vivencia, siempre al borde de la intuición de lo sagrado.

Y será **insustituible** la misión del despertador de esa conciencia de comunidad.

Los juicios positivistas de nuestra sociedad de consumo, rabiosamente individualista, sonríen ante estos valores que estiman etéreos, sin consistencia alguna. Y se afirman realistas al computar números, fórmulas, baremos y soluciones concretas.

No creen, por supuesto, en la comunidad.

Prefieren dejar que pase, sin cuestionarlo, ese relámpago apasionado que nos congrega cada cuatro de agosto para recibir a Celedón o que nos empuja al madrugón multitudinario del Rosario de la Aurora en honor de la Virgen Blanca.

Les sería difícil encajar estos fenómenos en su esquema de construcción social: allí nada se recibe, nada se decide, nada se exige.

(1) Se cita tan sólo una comunidad que vibra, que se siente copartícipe, que se reafirma en una línea, que expresa su euforia y su esperanza de pervivencia como tal comunidad.

Casi sin querer, hemos dado el salto a nuestro enunciado inicial: para ser más exactos, al primer término de nuestro enunciado inicial:

«La fiesta, cauce y expresión de la Comunidad»

Porque es la fiesta el momento en que la comunidad tiene conciencia de sí misma, en que escucha a los poetas y canta con ellos el recuerdo de su herencia, en que se siente protagonista de ese amor de comunión que rebasa límites de economías, razas y culturas para vincularse en una unidad superior.

Yo he visto llorar a inmigrantes llegados a nuestra Ciudad de tantos rincones de España, mostrando a sus hijos el muñeco balanceándose en el cable; queda por estudiar lo que ha supuesto en la integración plena en nuestra Ciudad, en su comunidad, la participación ruidosa de una juventud con apellidos muy otros, en nuestras cuadrillas de blusas.

La fiesta.

El más antiguo de los testimonios cristianos reivindica el más alto de los orígenes para la fiesta:

Yahvé anuncia a Moisés la liberación definitiva: la Pascua, el paso del Señor. Y termina exigiendo un compromiso:

«Este día será para vosotros memorable y lo celebraréis solemnemente en honor de Yahvé, de generación en generación. Será una fiesta a perpetuidad». (5)

Y unos capítulos después, el Exodo vuelve a subrayar:

«Tres veces al año celebraréis fiesta solemne en mi honor». (5)

Doble referencia de la fiesta. A la liberación del pueblo y a la gratitud a Dios. Otra vez, seguirá siendo una constante, la relación al Todo en sus dos vertientes, como espina dorsal de la fiesta.

Nuestro pueblo —«el pueblo que danza en los Pirineos»— puede exhibir un rico índice de juegos tradicionales, unas resonancias musicales con peculiaridades indudables, unas expresiones plásticas festivas de indiscutible personalidad.

Pero el elemento lúdico en la cultura occidental ha quedado soterrado en los últimos siglos, desde los primeros brotes del descubrimiento de la razón como pauta de conducta.

El ideal pedagógico del humanismo, lo mismo que el riguroso ideal moral de la Reforma y la Contrareforma, eran poco propicios para reconocer el juego y el ejercicio corporal como valores culturales.

En el camino de la exaltación del intelecto, el hombre buscó su propia definición en la afirmación exclusivista del «homo sapiens» que marcaba su diferencia con las demás criaturas. Aunque más tarde resultara que no somos tan razonables como le gustaba creer al siglo XVIII en su ingenuo optimismo.

Vino el siglo XIX —«el venturoso siglo XIX, el siglo del vapor y del buen tono»— se entregó en brazos de la técnica que amanecía y surgió el proyecto del «homo faber», capaz de transformar toda la materia, de descubrir toda la energía, de satisfacer toda la demanda.

Y hemos tenido que llegar al segundo tercio del siglo XX, a los movimientos ecologistas, al «stress», a las rebeliones juveniles, a las jubilaciones masivas, al interrogante sobre el confort, a la revolución de la informática, para que se descubra el valor del «ocio», del «tiempo libre», buscando parches otra vez consumistas a la realidad viva del «homo ludens», en que el hombre se define desde sus primeros vagidos, desde sus primeras sonrisas.

Son muchas las citas que se podrían aportar a uno y otro desatino. Desde el complejo de superioridad de los inspiradores de la Revolución Francesa y su vértigo de deidades, fiestas y calendarios renovadores que podría quedar reflejado en la frase pretenciosa de Rousseau:

«Plantad en el centro de una plaza desnuda un poste coronado de flores, convocad al pueblo... y tendréis una fiesta»,

hasta el sarcasmo de Chesterton, fingiendo éxtasis pueblerino ante los anuncios luminosos de Manhattan, en rueda inacabable de giños y colores:

«¡Qué cosa tan extraordinaria para quien tenga la suerte de no saber leer!».

Como tantos y tantos conceptos, el de «fiesta» ha sido substituído.

Y nosotros mismos hemos sonreído ante la «endeblez» media de las fiestas artificiosas organizadas por el hombre incluso cuando como en el «día de la madre» no existe en segundo plano una coacción política; cuando, como en los «homenajes a los ancianos» festejemos nuestra propia culpabilidad; cuando, como en tantas de

las fiestas de nuestros pueblos copiemos, por falta de originalidad manifiesta, el descenso de Celedón en la bajada desde la torre de la iglesia de un símbolo acomodaticio cualquiera.

Como tantos y tantos valores básicos, la «fiesta» ha sido presa de los expertos ramplores de «marketing», que la pretendían convertir en feria inmediata y urgente para saneamiento de sus balances. Basta comprobar los resultados para evitar el análisis.

No es la organización la que hace fiesta a una fiesta. Como apuntaba Federico Nietzsche:

«No es muestra de habilidad organizar una fiesta; sino dar con aquellos que puedan **alegrarse** en ella».

Y es que, siguiendo en el despropósito de una mentalidad afincada en nuestro tiempo materialista, «día de fiesta», no se puede, simplemente, contraponer a «día de trabajo». En principio, porque ofenderíamos a los parados, obligados a esa tragedia permanente de la ociosidad no deseada, que va martilleando sus almas a la vez que destruye su personalidad y desgasta sus economías.

Una fiesta no es sólo un día en el que no se trabaja. De hecho, se ha intentado alguna vez captar la esencia de la «fiesta» a partir de esa diversidad. pero la clave no está ahí.

El «día de fiesta» puede conllevar un esfuerzo mayor, una dedicación más intensiva y más agotadora, y seguirá siendo fiesta si reúne los factores que nos llevan a la exaltación alegre y jubilosa.

Aquí cabría la alusión a las «fiestas palaciegas» para llenar el tiempo vacío; a la obligatoriedad de las «seudofiestas» o a las «fiestas del Estado Totalitario de trabajadores» (el «Sísifo dichoso» de Albert Camus con el trabajo especial complementario para celebrarla).

Otro sucedáneo de la fiesta ha sido la «diversión». La propia raíz etimológica de la palabra señalada su perspectiva. «Diversión»: vivir hacia fuera, desatentos a nuestro interior. En la superficialidad más radical. Sin aportar nada nuevo al programa. Sin una idea trascendente.

La diversión no tiene nada en común con la fiesta. Prueba a ser, simplemente, un antídoto contra el tiempo muerto. Es, diría Pascal, un esfuerzo para escapar del aburrimiento.

También aquí la sombra esterilizante del individualismo. Porque el aburrimiento procede de una indigencia del espíritu: me aburro cuando en mi soledad no encuentro cosa en mí que me satisfaga. Es siempre una especie de vértigo metafísico en presencia del vacío interior.

La reflexión hacía sonreír punzante a Schopenhauer:

«El aburrimiento hace que seres que se quieren tan poco entre sí se busquen a pesar de ello. Y no es otra la razón de la sociabilidad».

Y lo que vale del individuo vale muchas veces del grupo cerrado y actualiza el juicio de Kierkegaard:

«El aislamiento se produce allí donde solamente cuenta el número, la cantidad. Donde un individuo se hace estimar como uno solo, todos ven aislamiento. Pero lo que no pueden ni quieren ver los partidarios de la asociación es que cuando un centenar de individuos quieren ser estimados sólo como tal centenar, se origina el mismo aislamiento».

Un último análisis obligado en el esfuerzo por bastardear la fiesta sería la degradación del juego.

El juego, con su dignidad como actividad libre, que no se puede imponer, que se puede abandonar en cualquier momento, que es algo superfluo.

El juego, con su atractivo como universo distinto de la vida corriente, en que recreamos, como los niños, otro mundo desinteresado.

El juego, con su sentido de pausa de lugar, de duración, de limitación, creando orden, con su tensión peculiar, trasmisible, reanudable.

Y en nuestra sociedad, convertido en espectáculo.

Los jugadores, divididos en profesionales y aficionados con el patrón del interés económico. Obligando a la ausencia de lo espontáneo y despreocupado. Convirtiendo Olimpiadas y Campeonatos en una manifestación autónoma de instintos agonales más que en un factor de servicio social profundo. Un clima demasiado rígido, demasiado comprometido, demasiado interesado.

En la esfera de los juegos infantiles, la aberración de las sinuosidades técnicas para cerrar el paso a la imaginación que cabalga sobre el palo de escoba o abre con un

trazo de tiza el portón secreto de la cueva de Aladino. Asesinato flagrante de los riachuelos contruídos con espejos rotos y de las nubes rosadas de guata.

Pero cerremos el capítulo de las desviaciones, de los «adversarios» que decían nuestras viejas tesis escolásticas, y volvamos a alzar nuestro punto de mira para reencontrarnos con las esencias mismas de la fiesta.

Podría porticar esta profundización el enunciado de Harvey Cox.

«La fiesta es una forma humana de jugar a través de la cual el hombre atribuye a su experiencia propia un largo espacio de tiempo, incluyendo el pasado».

Está clara la asunción vital de un Todo que desborda los límites individuales, integrándolos en una vivvencia comunitaria.

Josef Pieper perfila aún más su trascendencia:

«Celebrar una fiesta significa celebrar por un motivo especial y de un modo no cotidiano la afirmación del mundo hecha una vez y repetida todos los días».

Aparecen claros su singularidad y su contenido. «Por un motivo especial» y «de un modo no cotidiano». Celebrar la afirmación del mundo hecha ya una vez y repetida todos los días.

Es un entronque exacto con la instrucción del Exodo.

La fiesta es una conmemoración. Una conmemoración de algo que se asimila, que nos identifica plenamente. No es sólo un recuerdo de un hecho. Es la reiteración de un acontecimiento que afecta de manera inmediata y viva la actual existencia de los hombres, la gestión presente de la comunidad.

Por eso, sólo tiene sentido desde la trascendencia.

Los defensores de la Navidad cristiana ponemos el acento en esta clave para subrayar el absurdo de una publicidad de consumo que utiliza símbolos sagrados para la satisfacción de apetencias desordenadas de muy otro sentido.

Desde la trascendencia.

¿Cómo se puede festejar el aniversario de un nacimiento, por ejemplo, si se afirma con Sartre que «Es absurdo haber nacido» o, volviendo a Schopenhauer, se lamenta que «nuestra existencia es algo que mejor sería que no fuese»?

La fiesta es una expresión íntima. Mientras el «homo faber» tiene sólo «movimientos intencionales», buscando y ofreciendo **cosas** de fuera, el «homo ludens» ofrece «movimientos expresivos», traduciendo la realidad interior, el mundo que llevamos dentro.

Uno de nuestros psiquiatras (6) lo ha resumido así:

«Nuestra experiencia de la temporalidad es doble: por una parte, nos enfrentamos al **tiempo objetivo** o cronológico, aquel que marcan las manecillas del reloj, y, en consecuencia, nos viene dado de una manera universal: es así, y basta. Por otra parte, está el **tiempo pático** o interior, que es la forma interna como vivenciamos el flujo de acontecimientos desde nosotros mismos, en el cual juega un papel esencial nuestro estado de ánimo. ¿Qué pasa en la fiesta? En la fiesta, el **tiempo interior** está ligado directamente a la alegría, y por ello el tiempo se saborea y paladea en todo su jugo: el tiempo «vuela», no pasa, no angustia, se vive una sensación nueva desde la cual el pasado se ilumina y el futuro se espera como un manojo de proyectos. El sujeto percibe una manera de afrontar la vida más decidida y optimista. Son momentos de promesas y esperanzas. La convivencia resulta fácil y estimulante, porque la persona se siente más comunicativa, más indulgente, más generosa y, en definitiva, más humana».

Seguimos, sin embargo, describiendo. Quizá porque nos cueste atinar con una definición luminosa y nos refugiamos, al intentar matizar la fiesta, en aquel recoveco de San Agustín hablando del tiempo: «Lo sé mientras nadie me lo pregunta: tan pronto como quiero explicarlo a alguien que por ello me pregunta, no lo sé». (7)

Es otro santo doctor de la Iglesia —San Juan Crisóstomo— quien nos presta la definición que entendemos ajusta luminosamente a cuanto llevamos escrito:

«Ubi charitas gaudet, ibi festivitas».

De pronto, vuelve el amor a primer plano. Ese amor que quedaba sólo entrevisto en el ideal suprapersonal que hace posibles los lazos comunitarios; que aparecía apenas esbozado en las motivaciones que posibilitan las desapariciones de cualquier tipo de diferencias en el decurso de la fiesta; que, de alguna manera, quedaba enunciado cuando se insistía de uno y otro ángulo en el sentido íntimo, en la vinculación personal a la comunidad y a la fiesta.

«Donde el amor se alegra, allí hay fiesta».

Hay, si queréis, una nueva sutileza, clave sin duda si se quiere aquilatar la frase desde aquella herencia cristiana que hemos propuesto como coordinada previa de nuestra visión de la comunidad. San Juan Crisóstomo escoge para situar el amor la palabra «Charitas», con que la tradición evangélica afirma una dimensión especial del amor: el que de Dios parte y a Dios llega, el que a todos acoge, sin barrera alguna; el que no pide respuesta ni gratitud.

Cuando ese amor se alegra, surge la fiesta.

La alegría es, por naturaleza, algo subordinado. Algo secundario. Nadie puede alegrarse «absolutamente» por razón de la alegría.

LA ALEGRÍA ES UNA MANIFESTACION DEL AMOR. QUIEN NO AMA A NADA NI A NADIE, NO PUEDE ALEGRARSE, POR MUY DESESPERADAMENTE QUE VAYA TRAS ELLO.

LA ALEGRÍA ES LA RESPUESTA DE UN AMANTE A QUIEN HA CAIDO EN SUERTE AQUELLO QUE AMA.

Por supuesto, la meta se antoja muy alta. Pero nos bastaría una breve introspección personal para comprobar su veracidad.

Permitidme que os repita estas últimas frases:

LA ALEGRÍA ES UNA MANIFESTACION DEL AMOR. QUIEN NO AMA A NADA NI A NADIE, NO PUEDE ALEGRARSE, POR MUY DESESPERADAMENTE QUE VAYA TRAS ELLO.

LA ALEGRÍA ES LA RESPUESTA DE UN AMANTE A QUIEN HA CAIDO EN SUERTE AQUELLO QUE AMA.

Los que, jugando a hedonistas, escogen para sus vidas el placer como motor de su fiesta particular, deberían releer el certero juicio de Jean Lacroix:

«El placer pertenece siempre al tiempo. Toda alegría es alegría del ritmo: esto es, nace de una cierta relación entre el tiempo y la eternidad. La felicidad pertenece a la eternidad. Así, el hombre está hecho para la alegría, aunque se contente a veces con el placer y no pueda dejar de aspirar a la felicidad». (8)

«La fiesta, cauce y expresión de la comunidad».

Casi como corolario, sin salirme en ningún momento de ese papel asumido de testigo y animador de la fiesta en los más diversos ambientes, con el sentimiento comprobado de que a través de ella se ahondaba la vida comunitaria de nuestro pueblo, quisiera presentar mi sugerencia como un ruego a los que pueden profundizar en ella.

Porque entiendo que supone una respuesta urgente a la masificación, a la decepción colectiva, a la despersonalización, a la pérdida, por extraños vericuetos de intereses privados, de la esencia misma de nuestro pueblo.

Que ellos nos ayuden a recrear —volver a crear— la fiesta. Es posible si se tienen en cuenta las raíces, si se palpita en la misma cuerda que el pueblo, si no mueven otros afanes que el de enriquecer la vida comunitaria.

Lo hemos visto todos —y no se lo agradeceremos nunca lo bastante a sus impulsores— en ese gozo increíble del cuatro y cinco de agosto. Lo sigo viviendo de una manera muy especial en el Cortejo Navideño de Sarría o en la Cofradía de Jugatxi.

- a) Una tarea con horizontes para los filósofos de la sociología: iluminar la mística de la fiesta.

Situarla en un nivel de exigencia social mucho más alto que el de los servicios.

Podría suponerles punto válido de partida el consejo de Josef Pieper:

«La ausencia de fiesta significa el «emparedamiento» del hombre en el límite cerrado de la actualidad; la «instalación dentro de las barreras de la historia», que decía Gerhard Nebel.

«La fiesta, por el contrario, libera. Porque quien la celebra descubre y penetra en la gran realidad que la existencia cotidiana del mundo del trabajo relativiza al llevarla dentro de sí». (9)

Por supuesto, al referirnos a la «ausencia de fiesta», hay que incluir como tal todos sus plagios sin alma, mucho más peligrosos por lo que enturbian, por lo que comercializan, por lo que desprestigian el concepto mismo de fiesta.

- b) Un juego especialmente atractivo para los historiadores. Ellos saben valorar mejor que nadie el sentido de la tradición, ese «traditum» que significa entregado, el don que es recibido para poder ser nuevamente transmitido.

No se trata de pedir imposibles. Hace ya muchos siglos que se bifurcaron los caminos de los trovadores de las canciones de gesta y de los minuciosos conservadores de virtudes y defectos de nuestros abuelos. Pienso en los historiadores serios, honrados, insatisfechos con los esquemas que parecen volver a brotar en nuestro pueblo.

En ningún otro campo se evidencia tanto la vitalidad de la tradición como en la historia de las fiestas. Mimar esa historia, redescubrir los detalles, por nimios que pudieran parecer, pero que reflejan el alma heredada, interpretar cada gesto, situarlo en su contexto amorosamente, es prestar un servicio valioso al pueblo, a su presente y a su proyección de futuro.

Si se diera el caso de que los hijos no supieran ya a qué vienen las fiestas celebradas por sus padres, se rompería de hecho el hilo que enlaza las generaciones y no habría más una tradición.

- c) Quizá el ruego tenga un acento especial para los hombres que dirigen nuestro pueblo, tanto desde los escaños de las altas corporaciones como desde el más recoleto rincón de las Juntas Administrativas.

La fiesta es, de hecho, un asunto público que afecta a la comunidad política.

Ni puede ser tarea exclusiva de técnicos, ni ha de confiarse sin limitaciones al grupo de muchachos con el mocerío recién estrenado.

La fiesta es, cada año, la «puesta de largo» de la comunidad, su encuentro máximo, su presentación ante propios y extraños, como sucede en tantos de nuestros pueblos.

Es una oportunidad demasiado extraordinaria como para no ser plenamente desarrollada. Especialmente, para la paz social y política, para esa «fraternidad» que es uno de los frutos o condiciones de la fiesta. Píndaro recuerda en sus himnos y odas cómo los «mensajeros de Zeus» recorrían toda Grecia al aproximarse las fiestas olímpicas, convocando a la tregua. Cuando el Cristianismo políticamente liberado, intenta bajo Constantino determinar la configuración institucional del domingo, se dice así, en primer término: A nadie, ni siquiera al criminal, se le debe irrogar violencia en ese día.

- d) Para los cuidadores de nuestra «psijé», en tiempos de tantas y tan violentas alternativas, nuestra impresión de que la profilaxis de muchos males estaría en deslizar muchas de nuestras ataduras en el regato de la fiesta:

«Heidegger hablaba del Grundbefindlichkeit, que viene a significar «la forma de preparar el corazón» o la vida afectiva de cara a dicha celebración. Toda fiesta conlleva una serie de preparativos (...) que requieren esfuerzo, imaginación y trabajo. Pero el hecho mismo de la preparación ayuda a preparar nuestro interior de cara al próximo acontecimiento y alegría nuestro espíritu para que la fiesta no decaiga. Sin darnos cuenta, nos vamos invadiendo de un sentimiento especial donde nos vemos atrapados. Y lo que nos pasa es que las vísperas son ya fiesta. Por el contrario, cuando la fiesta llega sin una preparación adecuada, de súbito, y nos coge de sorpresa, es muy difícil meterse en un ambiente de fiesta, y las preocupaciones nos impiden disfrutar». (10)

La creatividad, la realización imaginativa, el montaje, el prurito atemperado de la originalidad en puja constante con uno mismo son sendas que he visto recorrer con gozo y culminar con equilibrio.

- e) Mi última petición, la más ferviente, sería la que he de dirigir a los teólogos pastoralistas y liturgistas.

Que mi dedicación más ilusionada —ellos lo saben muy bien—, mi aprendizaje unas palabras de caló para reunir a la Comunidad gitana en mi siempre presente Capilla de Santa Isabel o la espantada de ratas en aquellas eucaristías de «El Ancora de Abechuco» me sirvan de disculpa.

Si hay una Fiesta por antonomasia es la Mesa del Señor, la Fiesta de la Acción de Gracias. Difícilmente podrán fundirse en ninguna otra como en ésta el amor al estilo de Dios, el sentido de la liberación del pueblo y la alegría por haber conseguido aquello que se ama.

Día a día, la liturgia nos habla de «festividades». En el recuerdo de cada misterio o de cada santo testigo de Dios. Porque todos los días hay motivos. O quizá para buscar presentarlos fragmentados para que puedan ser mejor asimilados, ya que, según el criterio de Orígenes, su introducción se debió a que los catecúmenos y principiantes no eran «todavía» aptos y capaces de celebrar la «fiesta eterna» que supone la fe.

Y, sin embargo, —¿valdrá aquello de que es necesario «un motivo especial y de un modo no cotidiano»?— muchas de nuestras eucaristías no parecen servir de «cauces de expresión de la comunidad». Han sido conciertos, tribunas, exhibiciones, repeticiones rituales. Muchas veces, en la monición previa, con una idea que la pura lógica extendía a los oficios funerales, se ha hablado de fiesta. Pero falta un salto todavía. En la programación y en el ambiente. Un salto que se ha iniciado ya, pero que tarda en llegar pese al trampolín que supuso el Concilio. Una espléndida y gratificante misión espera.

«La fiesta, cauce y expresión de la Comunidad».

Tengo que agradecer sinceramente la atención que me habéis prestado. Vuestro paso necesariamente cansino por mi intento de desbrozar un camino, acompasado a mi trotecillo saltarín por el capricho del descubrimiento de algo siempre presentado y nunca analizado, de una introspección que —ya lo he resumido al principio— ha disipado la niebla de algunos momentos de mi vida.

Estoy seguro (vivo demasiado cerca de los números, aunque el marco sea tan humano como lo es el de una Cooperativa de Crédito) de que a muchos de mis amigos, tantas veces azotados por los ramalazos de nuestro positivismo, tan obligados a examinar balances y repasar diagramas, el tema puede parecerles más poético que efectivo para nuestro mundo de hoy.

Se nos antoja inconsistente esta especie de subrayado perentorio de búsqueda urgente de la panacea a la identidad problematizada de nuestro Pueblo, de nuestra comunidad, cifrándola simplemente en el mantenimiento, la revalorización, la concienciación y la recreación de la fiesta.

Nos parece una distracción fútil en tiempos de retos casi trágicos en la economía, en la política, en el desafío técnico, en las crisis de comportamiento de que son exponentes alarmadores el paro, la frustración o la droga.

De nuevo —y hagamos hueco por una vez a los acentos proféticos— hemos desenfocado el por qué de nuestra vida. Sólo lo trascendente es fundamental. Los árboles vuelven a ocultar el bosque y la corteza nos hace perder de vista la savia. Todas esas angustias serán anécdota dentro de un poco. Y el hombre seguirá ahí con su interrogante o su afirmación, con su conciencia de ser o su amargura de no ser.

Platón me presta el último párrafo. Escrito hace casi dos mil quinientos años, conserva una frescura envidiable de eterna primavera:

«Hay que proceder seriamente en las cosas serias y no al revés. Dios es, por naturaleza, digno de la más alta seriedad. Pero el hombre ha sido hecho para ser un juguete de Dios y esto es lo mejor en él. Por eso tiene que vivir de esta manera, jugando los más bellos juegos en un sentido contrario al de ahora». (11)

El propio Platón dijo:

«Nos han sido dadas las musas como «compañeras» de la fiesta». (12)

Algunos amigos, partícipes aventajados en esta experiencia de la fiesta, han querido recoger aquí y ahora, como ilustración gráfica, algunas de las canciones que expresan, con el respaldo de la inspiración de don Luis de Arámbaru, cómo hemos ido plasmando las ideas apuntadas. Para gozo nuestro, algunas tienen ya casi veinte años.

NOTAS

- (1) LACROIX, Jean: *Psicología del hombre de hoy. El sentido del amor*. Pág. 58.
- (2) LACROIX, Jean: *Ib. Psicología del hombre de hoy. El sentido del diálogo*. Págs. 145-146.
- (3) HUIZINGA, Johan: *Homo ludens*. Pág. 144 y ss.
- (4) Exodo, 12 - 14.
- (5) *Ib.* 23 - 14.
- (6) ROJAS, Enrique: *Diálogo Familia-Colegio. Congregación mariana de San Estanislao. Granada*. N.º 110 (1981-1982).
- (7) Confesiones. Lib. 11, cap. 14.
- (8) *El sentido del diálogo. Placer, alegría, felicidad*. Pág. 121.
- (9) *Una teoría de las fiestas*. Pág. 55.
- (10) ROJAS, Enrique. *Ib.*
- (11) Leyes, VII. 8=3 CD
- (12) *Ib.* 653 d 4.

CORTEJO NAVIDEÑO GABON BIDEKO TALDEA

EL SEÑOR APACIENTA LAS ESTRELLAS
EL SEÑOR ES QUIEN DA SU LUZ AL SOL,
EL SEÑOR VE LAS HUELLAS EN LA NIEBLA.
¡EL SEÑOR DE LO ALTO ES NUESTRO DIOS!

Antes del que el hombre
ciñera este Bayas con puentes,
antes que las fuentes
tuvieran cada una su nombre,
antes que el Gorbea
sintiera en su lomo senderos
y que los primeros
zuyanos al Valle vinieran,
¡Dios, el Señor, habló!

No soñó desiertos:
quería al hombre fecundo
y, al crear el mundo,
dejó los caminos abiertos;
pero otras voces
oyeron de falsa dulzura
porque, en su locura,
querían ser como dioses:
¡Dios, el Señor, habló!

Al varón de dijo:
«El pan, con sudor de tu frente».
A la mujer: «Siente
parir con dolor cada hijo».
Y, con gran firmeza,
a aquella bestial tentadora,
anunciando aurora;
«Su Hijo hundirá tu cabeza».
¡Dios, el Señor, habló!

Un niño se espera
nacido de virgen doncella:
lo dirá la estrella.
Belén será cuna primera.
El será Dios fuerte
que salve a su pueblo oprimido:
tras largo gemido
nos ha de librar de la muerte.
¡Dios, el Señor, habló!

Belén no tuvo
su sola hora:
aquí y ahora
vendrá el Señor.
En la esperanza,
en la armonía,
en la alegría,
en el amor.

no es un espectáculo
sino un modo de nuestro vivir
todos juntos la venida del Señor
«la cuadrilla del camino de navidad».
en marcha mientras cantamos
las ya entrañables melodías
del maestro LUIS DE ARAMBURU

Nos hace libres
con su venida,
nos da medida
para servir:
llevar su nueva
a todo el mundo
hará fecundo
nuestro vivir.

En la vieja lengua de nuestros mayores
es «Sarría» símbolo: quiere decir
«el jaral espeso al que los pastores
en la noche llegan, buscando dormir».

Hasta aquí llegó el mensaje sonoro
del Mesías-Dios que nos vino a salvar:
los zuyanos todos, le hicieron en Oro,
en su entraña misma, Santuario y Altar.

Los frutos de este árbol
irán muy lejos, allende al mar:
dirán a los que lloran:
hay horizontes para soñar.

Alcemos jubilosos hoy nuestros ojos
hacia la luz:
que en lo alto de Gorbea, como promesa.
se alza la Cruz.

ANTIGUA VITORIA (A nuestros nobles antepasados)

Vitoria tiene en los nombres
de la historia que fue
la huella de los hombres
que la forjaron con recia fe.

Si vas por las viejas calles
del amado rincón
quizás tan sólo halles
los gremios con escudo y blasón.
Si buscas los caminos
por los que fue a crecer
ecos tendrás de los que que en servir
gastaron toda su vida y ser.

No somos peregrinos
sin patria y sin ayer:
somos pregón de un pueblo
viril, valiente, leal y fiel.

Aquella leve aldehuela
que don Sancho cercó,
vigía y ciudadela,
cita y mercado como él soñó:
en mil años la empujaron
con esfuerzo y pasión
las gentes que la amaron
volcando en ella su corazón.

NUESTRO AMADO RINCON

Aunque me lleven lejos
mi vida quiero acabar aquí:
en el «rincón amado»,
la tierra chica donde nací.
Nací en una tierra
donde montañas de verde y gris
ensanchan su regazo
como mimando nuestro vivir.

Alava amada:
en tu llanada
yo comencé a soñar:
tus aldehuelas
son lentejuelas
que el sol hará brillar.
En sus halagos,
los bellos lagos
espejos son de luz
y centellea
sobre el Gorbea
el signo de la Cruz.

Estíbaliz se llama
la Madre del Señor:
el cerro es la peana
que le alza nuestro amor.
Allá van los caminos.
allá va el corazón,
allá van los destinos
de este amado rincón.

EL MUS ES LA DISCULPA

Seis meses antes de San Prudencio
en «El Correo» se arma el follón:
Alava entera entra en el juego
porque «hay madera de campeón».

Parece que les gusta, pero en realidad
EL MUS ES LA DISCULPA, lo que vale es la amistad.

Saca unos vasos, trae las cartas:
cómo se juega vas a aprender:
porque en Vitoria somos maestros,
porque los naipes hace Fournier.

Veinte a la grande, quiero a la chica,
Ordago a pares, Dentro ya están:
Tuércele el morro, Guiña con gracia,
que a ser más zorros no ganarán.